

**ESCUDERO, J.A., *Felipe II. El rey en el despacho*, (Editorial Complutense-Colegio Universitario de Segovia, Madrid, 2002), 637 pp.**

**Eduardo Cebreiros Álvarez**

Felipe II es, sin duda, uno de los monarcas españoles que más atención ha merecido por parte de investigadores, escritores y público en general. No en vano, bajo su reinado España se convirtió en una gran potencia mundial poseedora de un vasto territorio donde “*no se ponía el sol*”. La conmemoración del cuarto centenario de su muerte durante 1998 dio lugar a la aparición de un numeroso conjunto de publicaciones que analizaron la figura de Felipe II desde todos los puntos de vista y que pusieron “de moda” a nuestro soberano, sobre todo gracias al auspicio de la Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, que impulsó numerosas obras sobre estos dos reyes fundamentales para comprender nuestra historia moderna. Lejos del oportunismo que muchas veces conllevan estos libros, aparece ahora un nuevo estudio sobre Felipe II centrado en el estudio de su tarea de gobierno, en la descripción seria y minuciosa del aparato burocrático y el despacho de papeles. Su autor, José Antonio Escudero, Catedrático de Historia del Derecho y de las Instituciones de la UNED y miembro de número de las Reales Academias de Historia y de Legislación y Jurisprudencia de España es, sin duda, el mejor especialista en administración central moderna de nuestro país, como lo demuestran obras ya clásicas para conocer las instituciones político-administrativas a este nivel –caso de sus *Secretarios de Estado y del Despacho*, *Los orígenes del Consejo de Ministros* o *Los cambios ministeriales a fines del Antiguo Régimen*, por citar las de mayor relieve- .

El libro se divide en cinco capítulos precedidos de una introducción en la que se describen de modo general los diferentes Consejos de la monarquía -que conformaban, como es sabido, el llamado régimen polisinodial- las Juntas y la estructura de los Secretarios y donde se destaca la importancia que poseyeron durante el reinado de Carlos V, personajes como el canciller Gattinara o Francisco de los Cobos, grandes asesores de gobierno del Emperador.

El primer capítulo comienza con el análisis del gobierno del todavía Príncipe en 1543. Carlos I abandona España para encargarse de sus posesiones del norte de Europa y Felipe, con apenas 16 años, se convierte en Regente. A las dificultades propias de estas circunstancias se unirán las muertes de consejeros y secretarios relevantes hasta ese momento ocurridas en el bienio 1545-1546. El autor desgrana, ya desde este momento, las amistades y rencillas entre los altos oficiales de la administración, conformándose poco a poco dos grupos o facciones –el profesor Escudero no es partidario de hablar propiamente de partidos, pues ninguno de los bandos presenta verdaderos pro-

gramas a seguir-, la de los ebolistas, en la que figurarán como personajes más destacados Ruy Gómez de Silva y Francisco de Eraso, y la del Duque de Alba que contará con Gonzalo Pérez como su seguidor más importante.

Sin duda, una fecha clave en esta primera etapa será 1556, año de la abdicación de Carlos I. Así, Felipe deja de firmar como príncipe o incluso como rey-príncipe -al convertirse en rey consorte tras su matrimonio con María Tudor de Inglaterra- y pasa a hacerlo como rey de un gran territorio que se dispone a organizar en el exterior con su marcha a Flandes. En la Península, Juan Vázquez de Molina se presenta como el personaje más importante de la administración hasta 1559, fecha del regreso a España del rey y que determina el lento ocaso de este oficial y da paso al segundo capítulo de la obra.

En este siguiente apartado del libro, el profesor Escudero centra su atención en dos importantes oficiales de la administración del período 1559-1572. El primero será Francisco de Eraso, quien ascenderá poco a poco en la maquinaria del poder al mismo tiempo que pierde protagonismo Juan Vázquez de Molina. El predominio ebolista parece claro si tenemos en cuenta, también, que Ruy Gómez de Silva se convertirá en el privado más importante del monarca. Pero en el reinado de Felipe II a la misma velocidad que se subía en la administración se bajaba y así nos los señala claramente el autor. Una visita a Eraso en 1563 pone de manifiesto ciertas irregularidades contables que provocan la caída de éste. Otro ejemplo de esta tendencia se aprecia con el Cardenal Espinosa, quien en 1568 consiguió aglutinar en su persona importantes competencias de gobierno, que perdería sólo cuatro años después parece que debido a la desconsideración que mostraba con la nobleza y al apresuramiento en la provisión de oficios. El autor nos presenta, así, a un rey que defiende la honestidad y que refuerza el control de sus oficiales a través de los mecanismos legales existentes, visitas y juicios de residencia fundamentalmente.

El tercer capítulo de la monografía analiza dos hechos especialmente significativos. El primero lo constituye el auge de los secretarios privados al comenzar la década de los setenta, en la que, además, fallecieron Eraso, Espinosa y Ruy Gómez. Particularmente, uno de esos secretarios cobrará un especial protagonismo en la administración de la monarquía, Mateo Vázquez, el “archisecretario”, mano derecha de Felipe II desde 1573 hasta 1591. Despachaba personalmente con el monarca y trabajaba a sus órdenes directas, siendo partícipe de los asuntos más importantes. El segundo fenómeno característico de este período que abarca de 1572 a 1585 es la crisis en las secretarías de Italia, tanto de la del Consejo de Italia, como de la sección de Italia dentro del Consejo de Estado. En la primera, los problemas surgieron tras la muerte de su titular Diego de Vargas. Los pretendientes fueron muchos y de relevancia, siendo designado, tras un paréntesis de tres años, Gabriel de Zayas. El autor resalta en este asunto la independencia y autonomía con la que actuó el monarca, pues pese a las presiones de importantes personajes como Don Juan de Austria, Juan de Idiáquez o Mateo Vázquez, el rey hizo lo que quiso y nombró a quien le pareció más apto para el puesto. También la Secretaría de Estado para asuntos de Italia pasó por momentos graves ya que en 1579 se acusa a su titular, Antonio Pérez, del asesinato del secretario Juan de Escobedo. El profesor Escudero desmenuza los avatares de este famoso crimen despojando al episodio de ciertos tintes novelescos que algunos autores le habían conferido, dejando hablar a los documentos y a los personajes de la época. De ellos, resulta curioso el hecho de que pese a encontrarse arrestado y en la cárcel, Antonio Pérez continuó refrendando documentos.

Los años finales del reinado de Felipe II centran la atención del autor en el cuarto capítulo. Los problemas de salud del monarca afloran y se hace necesario un cambio en el aparato burocrático que tenga en cuenta esta nueva circunstancia. Por ello, ante la imposibilidad de ver todos los papeles, el rey se va a ayudar de una Junta que le aliviará en el despacho. A ella dedica una especial atención el autor, pues existen muchos problemas sobre la misma, derivados de su falta de constitución oficial. Uno de los más

importantes es su nombre, pues aunque diferentes autores la denominan como Junta de Noche, Junta Grande o Junta de tres, el profesor Escudero señala, sobre la base de la documentación, que tal institución no recibe estos nombres en los papeles, defendiendo los términos de la Junta o Junta de Estado como mejor denominación.

Los últimos años del reinado se caracterizan por el fallecimiento en 1591 de Mateo Vázquez, al que sustituye un catalán poco conocido y estudiado, Jerónimo Gasol, y por el desdoblamiento de varias secretarías: la del Consejo de Cámara en tres –cámara, justicia y patronato- la del Consejo de Guerra en dos –tierra y mar-, la del Consejo de Hacienda y la del Consejo de Italia en otras tres –Nápoles, Sicilia y Milán-.

Fallecido el rey, su sucesor Felipe III, pese a las recomendaciones en sentido contrario de su padre, cambió el sistema de muchos privados por uno sólo o valido, lo que configuró un nuevo estilo de gobierno en el que las decisiones importantes eran tomadas por el Duque de Lerma. Desaparecieron, así, del escenario de poder todos los oficiales de confianza de Felipe II menos Juan de Idiáquez, al que se respetó por su relevancia anterior. Muy significativamente titula el profesor Escudero este último apartado del capítulo IV: “*De Felipe II a Felipe III: del rey con muchos privados al rey con un privado o valido*”.

El último capítulo de esta obra analiza la forma y estilo del despacho. Comienza con una primera descripción del autor hacia la actividad burocrática de Felipe II. A su juicio, estamos en presencia de un auténtico hombre de estado con una insólita capacidad de trabajo y una dedicación extenuante al despacho. Esta es la primera cualidad que destaca el profesor Escudero del análisis de la ingente documentación manejada. A esta percepción añade otra relevante: el monarca se preocupó por todo, por lo importante y por lo liviano –incluso por lo banal (nombramiento de porteros, memoriales de lavanderas...)-, lo que constituyó un motivo de crítica hacia el rey, tanto por no saber distinguir entre los asuntos como por no delegar.

Dentro del sistema de despacho el profesor Escudero nos enseña que Felipe II prefirió el realizado por escrito al “a boca”, pues con el primero podía meditar mucho más los asuntos, lo que nos coloca en presencia de otra característica del monarca, su desconfianza hacia todo; de ahí que buscarse consejo y asesoramiento en múltiples personas. Ello ralentizaba la administración pese a la diligencia en el trabajo. Por lo tanto, se puede hablar de lentitud por el propio mecanismo burocrático pero no por dejadez de los oficiales o del rey, quienes se mostraban muy activos. En esta atención por el despacho se nos muestra el funcionamiento de la máquina burocrática: modo y forma de la entrada y salida de papeles, el espacio y tiempo de todo ello, las materias más atendidas y los problemas que surgen en el engorroso trabajo de hacer operativo un sistema tan complejo.

El libro se acompaña por separado -como material anexo- de un magnífico cuadro desplegable bajo el título “*La máquina de gobierno*” en el que se obtiene una perfecta visión de todos los presidentes y secretarios de los diferentes consejos de la monarquía durante el período 1543-1598 y en el que se señalan las fechas de entrada en el oficio y otros aspectos especialmente significativos de cada personaje. Un cuidadoso archivero recoge este material y el libro en lo que constituye una lujosa edición que bien se merece la calidad de la obra.

En definitiva, estamos en presencia de una monografía básica para conocer los entresijos de la burocracia administrativa durante el reinado de Felipe II así como la organización y cambios sustanciales que sufren los Consejos que integran el régimen polisindial y todas las Secretarías a ellos unidas. Pero no sólo esto. El último capítulo nos permite, de la mano de los papeles, acercarnos a la propia personalidad del monarca. Es así como vemos al rey obsesionado por el secreto y la honestidad o preocupado

por los tratamientos correctos o por corregir la ortografía de los textos. Es en esta parte de la obra en donde conocemos al monarca dubitativo e indeciso en exceso, ahorrativo y a la vez enemigo de los números. Es aquí, en fin, donde encontramos a un Felipe II utilizando un lenguaje frío, técnico e impersonal en sus despachos pero también con sus aficiones como las obras, los jardines y flores o los pájaros, asuntos que, a juicio del autor, deben analizarse como hobbies del rey y no tanto como distracciones absurdas.

El trabajo está construido sobre una sólida base documental y bibliográfica. Todas las obras relevantes al caso se citan en su lugar oportuno pero, sobre todo, llaman la atención las referencias archivísticas. Así, en la búsqueda de un material ingente y sin límites, el prestigioso catedrático nos presenta textos recogidos en España, Francia, Inglaterra, Italia, Austria, Bélgica, Suiza y Portugal. Una labor rigurosa y a la vez selectiva que sólo puede llevar a cabo quien conoce muy bien la administración central moderna. La apoyatura de las afirmaciones del autor está siempre en un documento, en una fuente en suma. No en vano la obra cuenta con casi mil quinientas notas a pie por las que circulan notas, billetes y todo tipo de papeles relacionados con el gobierno de Felipe II. La explicación de esa maquinaria de poder en funcionamiento la hace quien, como experto, conoce muy bien a los personajes y las formas de dirigir los designios de un vasto Imperio; quien ha leído y mucho los escritos de un rey aficionado a redactar entre líneas y a no respetar márgenes y ha extraído de ellas importantes consideraciones sobre cómo fue gobernado un territorio donde no se ponía el sol.

En conclusión, una obra imprescindible desde ahora para conocer una faceta más de Felipe II, la del despacho, en el intento de construir una visión global, cada vez más fidedigna, de quien fue uno de los grandes monarcas de nuestra Edad Moderna.